

## SEMBLANZA DEL POETA

RAFAEL SANCHO DE SAN ROMÁN  
Numerario

Excmo. Sr. Director,  
Ilmos. Sres. Académicos,  
Sras., Sres.:

Rafael Fernández Pombo, el gran poeta de la Mancha, nació, no obstante, en Madrid, un domingo, 9 de octubre de 1927; curiosamente, el mismo año del nacimiento de una famosa generación poética; llamada así: "la del 27". Pero, aún cuando naciera en Madrid, la mayor parte de su vida transcurre en Mora, según sus propias manifestaciones. Ejerció la docencia como Maestro Nacional en diferentes localidades de la provincia de Toledo: Buenaventura - en la Sierra de San Vicente-; Puebla de Almoradiel, Urda y Villa de Don Fadrique, -en la Mancha toledana- y finalmente en La Puebla de Montalbán, durante cerca de 30 años. Todos estos lugares tienen el privilegio de haber quedado unidos para siempre al magisterio y a la inspiración fecunda del poeta.

En el primer lugar citado, Buenaventura, conoce a Carmen Pésaro Pedraz, compañera de trabajo y compañera de su vida, desde entonces. Carmen será también su musa permanente, su madrigal cotidiano, y la persona que le proporcionará el sosiego, el equilibrio que todo artista, todo poeta necesita para poder dar cauce libre a su imaginación y culminar su obra.

Una obra que ve la luz, en su mayor parte, durante el largo período en que R. Fernández Pombo ejerce en la ilustre villa de La Puebla de Montalbán. Aquí coincidirá con otro personaje excepcional: el Dr. D. Julián Martín-Aragón, uno de los últimos médicos humanistas, que le van quedando a esta medicina española,

supertecnificada y fría de nuestros días. Y siempre he pensado que será difícil encontrar dos figuras coetáneas (locales) de tanta hondura intelectual y humana como lo son y han sido el profesor y el clínico de La Puebla de Montalbán.

Rafael Fernández Pombo, parece que empezó a escribir versos desde muy joven. Veamos como define él mismo su vocación poética: "Escribo, creo que como tanta gente, empujado por un mandato vital. La poesía es el componente imprescindible sin el cual el aire que necesita mi espíritu sería irrespirable".

Sin embargo, no se decidió a dar a conocer su obra, hasta hace aproximadamente dos décadas, es decir, estando ya en plena madurez; ahora bien, en este tiempo su actividad creadora ha sido verdaderamente extensa, prolífica y de altísima calidad, convirtiéndose pronto en el poeta más reiteradamente laureado de España. Hace un par de meses, accedíamos, guiados por su esposa Carmen, a su archivo de originales que dejó cuidadosamente guardados. Lo hacíamos con una especie de temor y reverencia, como corresponde al lugar más íntimo y preciado de un escrito. Pues bien, allí se encontraban más de 200 trabajos, todos ellos galardonados con primeros premios; es decir, un promedio cercano a una Distinción Máxima mensual durante 20 años. Muchos de ellos lo habían sido en certámenes nacionales. Su temática, lógicamente, muy variada, predominando la de argumento manchego, en una diversidad prácticamente exhaustiva. Asimismo, los referidos al amor, la naturaleza, el paisaje, hechos y personajes históricos o literarios. Mención especial merecen los Poemas religiosos, por los que sentía una gran predilección y un particular compromiso, así como por los Villancicos, de los que nos ha legado un amplísimo repertorio, dentro de su también peculiar interés por las manifestaciones populares. El género poético cultivado con mayor facilidad y perfección fue probablemente el soneto, habiéndose hecho merecedor del "Premio Nacional del Soneto", que le fue otorgado con plena justicia. Fragmentos de su obra en verso han aparecido en más de veinte Antologías.

Pero a R. Fernández Pombo, aún le quedó tiempo para ejercitar también la prosa, mediante artículos en revistas y periódicos, ensayos históricos y literarios como “El Escalón de Escalona” y la interesante colección en fascículos “Temas Morachos”, en unión de su hermano Alejandro, algunos de ellos, por cierto, muy difíciles de encontrar.

Lógicamente, este rápido e indiscutible éxito como escritor le llevó a pertenecer a diversos y selectos grupos literarios, como “Alforjas para la Poesía”, “Juglar de Fontiveros”, “Juan Alcaide”, Comendador de la Orden Literaria “Francisco de Quevedo”, por citar solo algunas; fue incorporado, igualmente, a diversas instituciones culturales, y le fueron concedidas incontables condecoraciones, cruces y distinciones, tanto civiles como militares.

En esta Academia, fue elegido como Correspondiente con residencia en La Puebla de Montalbán, el 28 de abril de 1977, interviniendo activamente y representando a la misma, en cuantas ocasiones fue requerido para ello, siempre con la altura y dignidad que le caracterizaba. La última, fue en este mismo Salón el 8 de junio de 1989, en Sesión Necrológica dedicada a D. Clemente Palencia, que culminó con un precioso soneto, que podría figurar en todas las Antologías.

Conferenciante, Pregonero, Mantenedor de Juegos Florales y Justas Poéticas, Recitador de sus propios poemas, Rafael Fernández Pombo poseía, además, una magnífica dicción que realzaba aún más su galanura literaria, cautivando rápidamente a los auditorios: su voz grave, inconfundible, clara, rotunda, se modulaba perfectamente al verso con el ritmo, la cadencia, la elevación, la entonación precisa, transmitiendo una persuasiva emoción que conmovía.

Pero un día aciago de 1990 esta voz prodigiosa se quebró. Me enteré bruscamente al ir a darle un abrazo en la Plaza de Zocodover, pues hacía tiempo que no le veía. Sentí un nudo en la garganta que ya no me abandonaría cuantas veces fui a visitarle con posterioridad. Poco después me entregaba, en mano, un breve poema; su título: “Villancico del poeta que se ha quedado sin voz...”

El poeta ha enmudecido  
 porque ha perdido la voz.  
 Hacia Belén va veloz  
 pero un tanto entristecido.  
 "Tú, Señor, lo has permitido  
 pero igual te reverencio,  
 ni de juglar me "licencio",  
 nada ha de ser diferente...  
 (y a falta de otro presente  
 ofreció a Dios su silencio).

Cuando se apagó la voz del inspirado Cantor de la Mancha, yo estoy seguro que lloraron las flores de la cardencha, del azahar, del azafrán y del almendro; la rosa y la azalea de los patios y los campos castellanos, el ciprés de Silos, los molinos de viento y la Virgen de Daimiel; y se me antoja que hasta Juan de la Cruz y Francisco de Quevedo lo lamentaron y percibieron con esa comunicación intuitiva e inalámbrica, que tienen entre sí los poetas de todas las épocas.

El poeta resistió la dura prueba con gran entereza, y los amigos tratábamos de persuadirle para que este silencio fuera solo verbal, y que lo aprovechara para incrementar, si es que ello fuera posible, su gran creatividad escrita. Carmen, su esposa en el domicilio de Mora, se esforzaba de manera admirable y ejemplar en que todo pareciera que seguía igual. Pero, lógicamente, ya no podía ser igual. Concentró su vitalidad en la naturaleza y el paisaje manchego, en su tierra moracha. La enfermedad progresaba inexorablemente por nuevos caminos, que soportaba en su obligado silencio con la fortaleza y resignación de los elegidos. Si bien su producción literaria disminuyó cuantitativamente, nos dejó, no obstante un valioso testamento poético, un auténtico florilegio de bellísimas composiciones de carácter intimista, en que consciente de que su vida terrenal se acaba, reflexiona sobre el tiempo, el amor, el dolor, desde una perspectiva de honda religiosidad.

El 23 de febrero de 1992, nieva en Mora de Toledo, y el poeta en el camino de "La Solana", recuerda nostálgico su infancia y dice sentir frío en su herido corazón. Diez días después, el 3 de marzo ("¡Ay muerte, tan escondida!") inicia su marcha definitiva hacia la otra ribera. No llegamos a tiempo a la despedida. Pero, querido Rafael, como bien conoces que no sé hacer versos, me vas a permitir que parafraseando a Miguel Hernández te diga todavía:

"A las almas de los tiernos pámpanos, y a las rapas, a la flor del olivo te requiero, que tenemos aún que hablar de muchas cosas, compañero del alma, compañero".

He dicho.